

## CATALUÑA

# El día de los tramposos

El día de los tramposos (Joseph Mankiewicz, 1970) es un extraordinario western en el que el malo, Kirk Douglas, y el bueno, Henry Fonda —un ladrón y el alcaide de la prisión—, miden sus fuerzas en un tenso combate. El ladrón recibe su lección en un final inesperado. Pero tanto el bueno como el malo son, ambos, unos tramposos: protagonizan un juego de listos. La serie televisiva *Deadwood*, una maravilla de David Milch no vista todavía en España, abunda en el muestrario de posibilidades tramposas del western vistas desde ahora mismo. El western es claramente un género moral, de ahí buena parte de su atractivo. Pero una cosa es el cine y otra la realidad, aunque ésta tenga cada día más perfiles de western ya que el talento humano se mide ahora, sobre todo, en dinero y en las múltiples habilidades y trampas para lograrlo.

Fue el sociólogo George Simmel quien describió en su excepcional *Filosofía del dinero* (una rara joya editada por Instituto de Estudios Políticos en 1976 con traducción de Ramón Cotarelo) algunas de las claves que permiten comprender tanto la realidad que nos envuelve como las películas



**MARGARITA RIVIERE**

Lo que se lleva es el retruécano como habilidad para captar la atención, la venta, el éxito y el dinero

más clásicas. “El dinero”, escribía, “actúa como un estímulo de todos los sentimientos posibles (...). La riqueza se considera como una cualidad moral, procura respetabilidad (...). El rico influye no sólo por lo que hace, sino por lo que podría hacer”. Para Simmel, el dinero es el símbolo de los símbolos, “el equivalente monetario de los valores personales”, y describe a los banqueros co-

mo “la clase que realiza las funciones más abstractas y universales”. Pero también advierte de que “el valor económico ha de ser real para ser valor” y diagnostica que “la época contemporánea tiende a confundir el medio (el dinero) con el fin”, es decir, previene sobre la equiparación del dinero con un talento para el cual son precisas habilidades que no excluyen, como en el póquer, el farol, el despiste, la trampa o el engaño.

Esta confusión entre dinero y talento, buenos y malos, es parte importante de nuestra realidad actual. Circula en YouTube (<http://www.youtube.com/watch?v=pFmYIFk5iIQ>) un hilarante vídeo de dos veteranos humoristas británicos que da explicaciones claras al maremágnum de la crisis. “Hay que tener presentes dos cosas que hacen del mercado un lugar mágico: lo mueve gente muy sofisticada y toda transacción va cargada de sentimientos”. ¿Las subprime? “Tu vieron éxito por su nombre: en vez de Fondo del Negro Desempleado se llamaron Fondo Estratégico de Crédito Estructurado Alta Gama. ¿Quién podría resistirlo? Algo hay que pagar para recompensar lo que Gordon Brown ha llamado

ingenio del mercado, es decir, la estupidez y la codicia”. Medio mundo, pues, ante tanta confusión echa mano del humor, mientras contempla cómo Warren Buffet, de 78 años, la mayor fortuna del mundo (62.000 millones de dólares), se va estos días de compras y se gasta en las rebajas bancarias no menos de 12.000 millones de dólares. A Buffet se le atribuye una interesante divisa: “Invierte en algo que pueda dirigir un imbécil porque, cualquier día, un imbécil lo hará” (citado por Claire Gatinois en *Le Monde*, 14 de octubre).

Incluso gente con las mejores intenciones, como la ministra de Ciencia e Innovación, Cristina Garmendia —una presencia imponente en encanto y serenidad—, que sólo persigue que este país abandone sus malas costumbres de tacañería en el conocimiento y fijación por el beneficio económico, se topan con una realidad humana tan correosa como la que hace pocos días llenaba el auditorio de La Caixa. Con guante de seda y gesto sabio, la ministra contextualizó la crisis como “oportunidad para el conocimiento”. Bendita ella que, ante una audiencia de empresarios, gestores y científicos —mayoría masculina— co-

mo corresponde a la convocatoria del Círculo Financiero de Amigos (no “amigas”) del País, fue capaz de lamentar que las magníficas empresas españolas son hoy incapaces de absorber la investigación que ya se hace en nuestro abrupto suelo e incluir a las ciencias sociales en el concepto genérico de ciencia. Un realismo inusual, ¿la entenderían?

Lo que se lleva, pues —simplemente porque da rendimientos contantes y sonantes—, es el retruécano como habilidad específica para captar la atención, de lo cual se derivará, presuntamente, la venta, el éxito y, de nuevo, el dinero. Así, este interesante libro titulado *Odio Barcelona* (Melusina), de varios autores tirando a jóvenes —un concepto elástico el de la juventud— que Philip Engel denomina Promoción Odio Barcelona, no hace otra cosa que mostrar una nueva faceta, quizá generacional, de amor por Barcelona. Una declaración de amor, sí señor, en toda regla, con nuevos ojos, nuevos sentidos, los de la *generación zapping*. El meollo está en descubrir que, tras el aparente odio, reina el amor, que es como decir que los malos son, en realidad, los buenos. Kirk Douglas y Henry Fonda no lo hubieran hecho mejor. Son las reglas eternas de la cultura de los ganadores.

[m.riviere17@yahoo.es](mailto:m.riviere17@yahoo.es)

## LA CRÓNICA

## ¿Los robots también sueñan con Elsa Pataky?

XAVIER THEROS

Una de las visiones más apocalípticas que ha creado nuestra cultura es la de una rebelión de androides dispuestos a conquistar el planeta. Películas, novelas y videojuegos han repetido hasta la náusea el viejo argumento del maestro Kubrick, según el cual un artefacto mecánico conspiraba contra su usuario humano (cualquiera que utilice habitualmente un ordenador sabrá de qué estamos hablando). Pues bien, ese temor no es una fantasía animada: los robots ya están entre nosotros.

Juan Carlos Jovellar es un tipo corpulento y dinámico, que uno imagina como un vecino cualquiera de su comunidad; mas no se llamen a engaño. Bajo su apariencia encantadora se esconde uno de los pioneros en nuestro país de disciplinas como la robótica y la animatrónica (¿a que acojona?). Sin embargo, para este moderno descendiente de Gepetto un robot sólo es un compendio de mecánica y electrónica capaz de actuar de forma autónoma, algo que en el mundo del arte se valora cada vez más. Los pasados años noventa vieron como el cine, el teatro y la música daban entrada a toda clase de instrumentos de nuevo cuño. Y en esa historia sigue desempeñando un papel predominante este barcelonés cuarentón, cuyo trabajo resume la evolución de estas nuevas tecnologías en su aplicación más lúdica.

Jovellar estudió química e informática, lo cual en 1994 le sirvió para participar en la construcción del primer *juke box* de poesía del que se tiene noticia, consistente en un sistema de pulsadores con cintas de casete que estuvo expuesto en el desaparecido teatro Malic. Tras iniciar tan prometedor, colaboró en el equi-



Juan Carlos Jovellar, en su taller. / MARCEL-LÍ SÀENZ

El arte siempre ha sido receptivo a las novedades, y la robótica no es más que la nueva imprenta

po de efectos especiales de Filmax, en lo que supuso un tímido intento de crear una industria de cine fantástico en el país. Aunque su actual dedicación comenzaría en el año 2000, cuando él y

Christian Konn crean EBA, mítico taller de diseño y desarrollo que, desde su sede de la calle del Correu Vell, empezó a ofrecer soluciones a las demandas de diversos creadores locales.

De aquellos años destacan las *Meninas* de Ximo Lizano, unos cicerones cibernéticos que dieron la bienvenida al Rey de España en la inauguración de la feria Arco de 2003; el modelo PTinto del Centro de Astrobiología, copia en pequeño de un artefacto que está previsto que viaje a Marte en el año 2012 y que estuvo en la Exposición Universal de Aichi (Ja-

pón); el pabellón de Oikos para la pasada Expo de Zaragoza; el Furamovil de la Fura dels Baus, y el exoesqueleto de Afasia y los robots de Pol, de Marcel·lí Antúnez, así como diversos proyectos con artistas como Roland Olbeter, Javier Mariscal, Jaume Plensa y Eulalia Valldosera, con quien está colaborando en la antológica que el próximo año le dedicará el centro Reina Sofía de Madrid.

Juan Carlos reflexiona sobre el futuro de su profesión, aunque se ve como un mero puente entre el artista y la compleja tecnología moderna. El arte siempre se ha mostrado muy receptivo a las novedades, y la robótica no es más que la nueva imprenta o el nuevo celuloide. La ciencia ofrece herramientas a cada generación de creadores, quizá para poder expresar mejor —sutil paradoja— los miedos que cada nuevo invento genera.

Si quieren ver algo de todo esto en la práctica, aún están a tiempo de asistir a las últimas sesiones del festival de música experimental LEM, que —por duodécima ocasión— ha vuelto a presentar el infatigable Víctor Nubla. Por si no lo conocen, es uno de los festivales más interesantes que se celebran en la ciudad, en el que ha podido verse a Juan Pablo Villa, un cantante y músico mexicano que hace con su voz lo que, para poder hacerlo solitos, muchos robots necesitarían a todo un señor Jovellar.